

¿Políptico, acrílicos o poemas en prosa? A propósito de un libro de Citlali Ferrer

RENÉ AVILÉS FABIJA

El nombre enigmático de políptico significa un cuadro de tableros pintados. Citlali Ferrer es poeta, prosista y crítica de artes plásticas, no tenía más remedio que enfrentar el reto de reunir la literatura con la pintura y lo hizo con tino y talento, sensibilidad e ingenio.

Su nuevo libro, dignamente editado por la UAM-X, es una suma de textos de difícil definición, ha conseguido un hermoso híbrido, son poemas en prosa, a veces pequeños ensayos, otras ocasiones son minificciones, delicados relatos. O bueno, son todo eso junto y algo más.

A Citlali la conocí cuando era una niña, yo era, soy, amigo de sus padres, Rosario Ferrer, actriz brillante de mi generación y de Eduardo Rodríguez Solís, uno de los mejores narradores de una época en que comenzábamos a escribir más estimulados por la ambición y el deseo de ser conocidos, allá por 1959. Estaban también José Agustín, sus hermanos y Gerardo de la Torre. En fin, la conocí cuando niña

y luego fue un largo vacío, la perdí de vista, quizá porque poco supe de sus padres, cuando mi generación se distanció sin ninguna razón de peso. Sin embargo me quedan recuerdos de esa época, en la que juntos, sus padres, otros camaradas y yo, arrancamos. Durante la época en que estuvimos bajo la presencia bienhechora de Juan José Arreola, Eduardo brillaba, sabía conseguir textos de fina ironía y obras de teatro que nos impresionaban. Citlali no podía escapar a la herencia y me imagino que ni siquiera lo intentó. Alguna vez, pasados los años, una joven atractiva y disfrazada al modo punk se presentó en la oficina de El Búho, de pronto no la recordé, no imaginé que esa mujer para mi estafalaria era la niña que había conocido en los entrañables rumbos de Narvarte. Talentosa e imaginativa, le publiqué algunos de sus relatos y más adelante al fin supe su verdadera identidad, era la hija de mis queridos amigos a quienes yo no veía hacía muchos años.

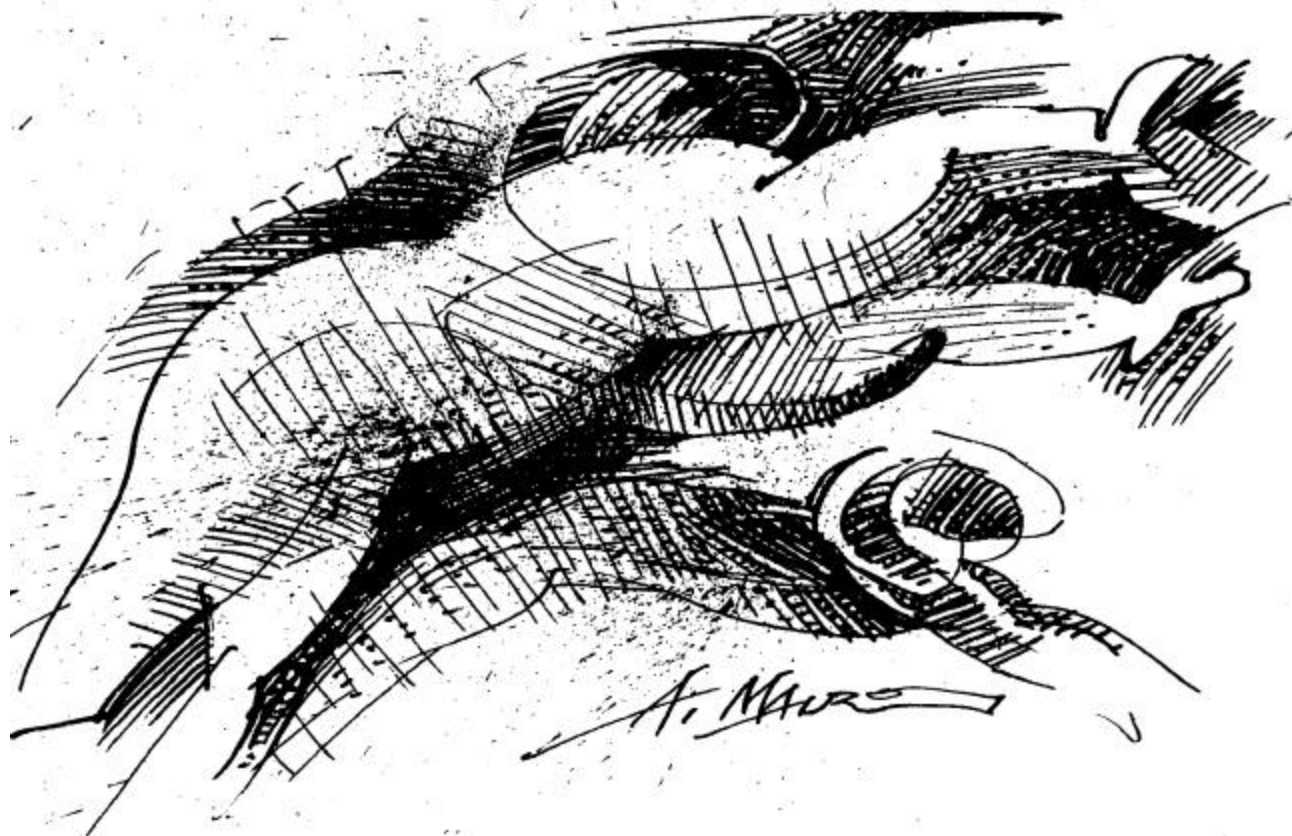
Luego hemos estado juntos en muchas batallas literarias y artísticas. He sido su editor y ella mi presentadora. He dado pláticas para sus alumnos y ella me ha dado colaboraciones para mi nueva revista,

Universo de El Búho. Su nuevo libro me ha gustado mucho, pero no es sólo la pasión que siento por la brevedad, por los textos que sugieren, que desatan la imaginación, es porque en verdad estamos ante textos bellos, que nos hacen reflexionar sobre el arte y la vida y porque Citlali siempre le añade o bien un toque enigmático, misterioso o algo lleno de fina ironía. El amor, yo diría que el sexo, está presente en muchos de sus cuadros o textos.

Citlalli Ferrer nació en 1963 y estudió Danza y Teatro en diversas escuelas del INBA. Obtuvo el primer premio en el Festival Internacional de Teatro en Nueva York en 1980, y dos menciones honoríficas en los concursos de Cuento de la Casa Universitaria del Libro en 1990 y en el Edmundo Valadés en 1996.

Ha recibido apoyos como la beca en la categoría de Jóvenes Creadores por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en el área de Literatura en 1998-1999; el Apoyo a Residentes en Morelos por el Instituto de Cultura de Morelos en 2002-2003; el de Artes por Todas Partes en 2005, y el de Intercambio de Residencias Artísticas por el Ministerio de Cultura de Colombia en 2006.

Citlali Ferrer ha colaborado en muchas publicaciones como Castálida, Crónica 13, El Búho, El Zaid, Excélsior, La Cuiria, Mala Vida, Pasto Verde, Estado, Primera Fila, Revista de la Biblioteca de México y Universo de El Búho y fragmentos de su obra se encuentran en diversas antologías, entre ellas Jóvenes Creadores 1999-2000, Cuentos de otro tiempo y de otro



Ángel Mauro

lugar, Cuentos de amor y desamor, Desde el fondo de la gruta y Trilogía poética de las mujeres en Hispanoamérica: Pícaras, Místicas y Rebeldes.

Sus títulos son: El enigma de una jornada, Corazón Roto, 11:00 a.m. Mujer al sol y Políptico.

Pero visto con mucho cuidado, Políptico es una suerte de autobiografía donde la escritora habla de sus amores y afectos, de lo que ha pasado o sufrido. De sus sueños y de sus desventuras, de sus familiares más cercanos. Sus imágenes son a veces dulces, suaves, en otros momentos son descarnadas, duras y en todos los casos son brillantes e ingeniosas.

Políptico está escrito de una forma extraña, desconozco qué hizo que Citlali le diera el orden que tienen los textos o cuadros, pero al leerlo de corrido (lo cual es posible y así debe ser) uno tiene frente a sí a la escritora. Puede uno conocerla físicamente o desconocer por completo su físico, su voz y sus gestos. Lo que no es posible es ser ajeno a quien está narrando las historias, hay un hilo conductor invisible. Si fueran en efecto cuadros en una sala, estos tendrían un orden y estaríamos obligados a seguirlo. Allí están por ejemplo los textos donde la abuela fallece, los sufrimientos nos son transmitidos de manera directa. La autora nos tiene atrapados con su vida. Tenemos que ir hasta llegar al desenlace, que es el final del libro, donde pareciera reinar más la presencia de Juan Rulfo que de Juan José Arreola, ambos tan notables en la vida de los mexicanos.

Creo que Citlali Ferrer consiguió hacer retratos, textos o cuadros inolvidables. Quiero detenerme en uno o dos.

Patricia: “Era veracruzana, dueña de una rebosante vulgaridad y excelente bailarina. Su amante quien era mi amigo, alguna vez en una borrachera me dijo: No entiendo cómo puedes ser amiga de Patricia. Y ahora que la recuerdo, creo que nuestras enormes diferencias eran las que nos unían.”

Violenta: “Supe que me llamaban Violenta, aunque me llamo Violeta. He roto platos, sillas, en fin, cualquier objeto que tenga a la mano. Sobre todo relojes. Me ha dicho mi psiquiatra que tengo aversión al tiempo, a llegar tarde o demasiado temprano, a la edad, al irremediable destino que es envejecer.”

En otra parte, Citlali muestra su agudeza vital: en una página escribe. Adivinanza. ¿Qué es aquello que al nombrarlo desaparece?”. Y en la siguiente estampa la palabra Respuesta: “Silencio”.

Citlali sabe manejar, pues, la brevedad, habilidad que pocos poseen. En unas cuantas líneas nos dice muchas cosas y nos deja reflexionando largo tiempo, quizá para siempre. La cuarta de forros de su libro Políptico es atinada, menciona como maestros de la brevedad a Torri, a Arreola, a Valadés y desde luego a Borges. Pero estos prodigiosos escritores, a la luz de lo escrito por Citlali, escribieron verdaderas novelas. Debíó haber sido citado Monterroso, cuya pasión por el texto breve lo hizo célebre. Citlali está en esa línea, ha logrado darnos historias complejas en tres o cuatro líneas. Ése es su mayor mérito.

No sé si esté exagerando, pero tengo la impresión de que el texto breve, la minificción o el brevicuento, como otros lo llaman, es un género para unos pocos, para aquellos que han logrado atrapar la vida en unas pocas palabras, para quienes han dejado fuera toda clase de barroquismos o de artificios, para quienes elegantemente nos cuentan una descomunal historia en diez o veinte palabras.

Permanece la Citlali que escribe sobre artes plásticas, la que queda absorta ante un cuadro y descubre cosas y valores que otros son incapaces de encontrar. A esa mujer también la he visto y luego leído. Pero eso ya es parte de otro libro y de otra presentación. ■